

El vagón

JOSÉ MARTÍN



El pequeño Aaron abrió los ojos, la oscuridad que inundaba el habitáculo no le dejaba ver nada, el balanceo y el traqueteo le recordó de pronto donde se encontraba, giro la cabeza de un lado a otro buscando un pequeño haz de luz que lo reconfortara, pero su búsqueda le resultaba infructífera, el sonido de las ruedas desplazándose por los carriles empezaba a ser ahogado por los quejidos y toses de sus “compañeros de viaje”, el hedor del vagón provocó que le sobreviniera una arcada.

El olor era una mezcla entre la madera húmeda y mohosa del vagón y los desechos orgánicos que se esparcían por su interior, Aaron apenas podía moverse sin rozarse con los cuerpos tirados a su alrededor, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero lo que sí sabía era que estaba solo, pero su padre debía estar en algún lugar de ese tren.

Una mano lo agarró fuertemente por el brazo, la presión que le provocaba en su antebrazo le hizo dar un respingo, forcejeó intentando liberarse, pero fue inútil.

—¿Jacob eres tú? — le pregunto una voz ronca y ahogada

—¿Qué? — contestó Aaron asustado

—Jacob te he buscado por todas partes— dijo la voz, la cual ahora estaba más cerca de él.

—No, no soy Jacob— contesto mientras seguía tratando de liberarse, pero la persona que lo agarraba parecía no querer escucharlo.

—Jacob hijo mío no volveré a dejarte...— cada vez se acercaba más a Aaron, quien en un último esfuerzo logró soltarse y arrastrarse de espaldas tratando de huir hasta que su espalda choco con la dura y fría pared del vagón.



—¡¡¡Jacob!!! ¿Dónde estás!? ¡¡¡Jacob hijo mío!!! — Gritaba la voz —¡¡¡No quiero volver a perderte!!!

Sus gritos eran desgarradores y llenaron el compartimento en pocos segundos. Aaron se hizo un ovillo llevando sus rodillas hasta la barbilla y tapándose los oídos con las manos, rompió a llorar y una voz interior le gritaba que no quería estar allí.

Un fuerte frenazo sacudió el interior del vagón, el pequeño Aaron se golpeó la cabeza contra los tablonés, los lamentos inundaron el interior. Poco a poco los ocupantes del siniestro convoy se fueron incorporando y acercándose temerosamente a la puerta, sus miradas escudriñaban a través de las rendijas de la madera lo que les esperaba al otro lado.

Desde el exterior se oían las voces de los soldados mientras se agrupaban frente al destartado tren. Muchos de los ocupantes del vagón retrocedieron, todo lo posible que les permitiera la afinación que reinaba en él, al ver los uniformes de las SS y los fusiles de asalto modelo MP40, muchos comenzaron a temblar y otros a llorar, en esos momentos les vinieron a la memoria aquellas historias que circulaban por los Guetos, las cuales decían que los alemanes estaban exterminando a los judíos, lo cierto es que muchos no creían, o no querían creer, que esas historias fueran ciertas.

El pequeño Aaron avanzó a duras penas a través de un bosque de piernas hasta llegar a

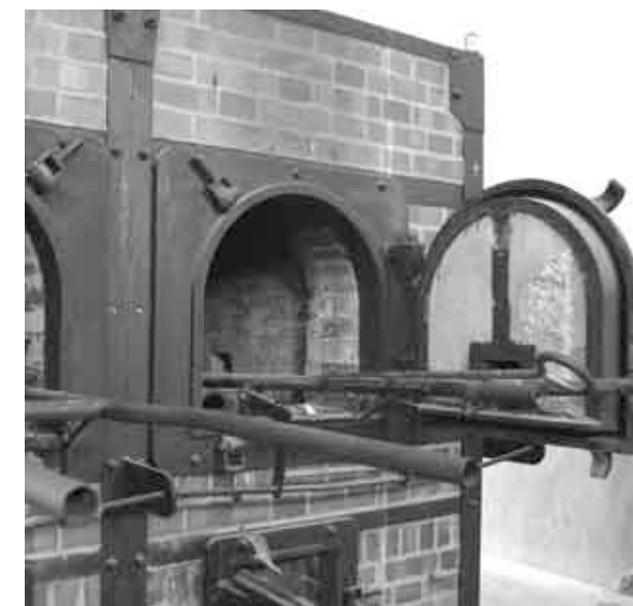
la primera línea. Lo cierto era que él no comprendía muy bien lo que estaba sucediendo. Desde su posición logró observar a un hombre vestido con una larga gabardina negra hasta los pies, este mandó firmes y los soldados obedecieron inmediatamente, se quedó unos segundos escrutando el viejo convoy, mientras repasaba con la mole de metal y madera su mirada se detuvo un instante en el vagón que tenía frente a él, el pequeño Aaron sintió un escalofrío al cruzar su mirada con aquel hombre.

— *Öffnen die Türen!!!*(1) —ordenó.

Los soldados obedecieron y en pocos segundos las ocho puertas de los vagones fueron abiertas, permitiendo así que la luz inundara el interior de los mismos.

Los prisioneros recibieron la bocanada de aire impregnado en un denso olor de lo que parecía ser carne quemada, obligados por los soldados comenzaron a descender, Aaron cayó de rodillas sobre el barro, un joven que descendía detrás de él lo ayudó a incorporarse, el pequeño se sacudió el pantalón y trató de mantener la compostura mientras trataba de localizar a su padre entre la muchedumbre aterrorizada.

Los soldados comenzaron a separar a los ancianos de los jóvenes, estos no dudaban en



golpear con los cañones de sus fusiles a aquellos que se salieran de las filas que estaban tratando de delimitar, uno de ellos cogió al pequeño y lo zarandeó en el aire haciéndolo caer nuevamente.

—*Reisen Sie allein??*(2)— le preguntó el soldado. Aaron lo miró con extrañeza, no entendía el alemán.

—*Reisen Sie allein?* repitió — *Kind reagiert*(3)— le insistió esta vez apuntándole con su fusil. Los ojos del pequeño se llenaron de lágrimas mientras escuchaba al soldado gritarle en una lengua desconocida para él, todos los que estaban a su alrededor parecían agachar la cabeza ya que el miedo los paralizaba.

Entonces una voz surgió de entre la masa de hombres, aaron levantó la vista y por fin vio lo que estaba anhelando, su padre trataba de abrirse paso para llegar hasta él. El soldado lo miró con extrañeza y rápidamente amartillo su arma cosa que hizo ralentizar, que no detener, el avance de Pawel. El hombre llegó hasta su hijo con la mano en alto, y sin quitar ojo del cañón se arrodilló junto a su hijo. El soldado descendió su arma y continuó con su trabajo.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo. A Pawel le sangraba levemente el lado derecho de su frente y estaba lleno de barro, pero por

lo demás parecía estar bien.

—Hijo mío, siento haberte soltado en la estación— dijo mientras revisaba que el pequeño no sufriera ningún daño— jamás me perdonaría que te hubiera pasado algo.

—Papa he pasado mucho miedo— dijo entre sollozos el pequeño.

—Lo se Aaron, pero ahora estamos juntos y jamás te volveré a dejar— le prometió mientras lo cargaba en sus brazos.

Los hombres ya estaban separados por edades, en ese momento el oficial de las SS que había estado hasta el momento apartado del bullicio se acercó a las filas compuestas por los aterrorizados pasajeros.

Paseó de izquierda a derecha con una sonrisa en sus labios, su expresión habría sido capaz de helar la sangre al más valiente de los hombres. Se detuvo y comenzó a hablar.

—Bueno, como se que la lengua del Reich os es desconocida, creo que os diré esto en vuestro idioma. Estais a qui para servir al Fürher, si cumplis con lo que se os ordene no habrá ningún problema, sereis alojados en barracones, donde os proporcionaremos cama y alimento. Simplemente tendreis que acatar las ordenes y de ese modo todos saldremos ganando. ¿Está claro? — los hombres



se miraron entre ellos.

El oficial se acercó a uno de los soldados y le comentó algo al oído, tras lo cual el soldado acompañado por un par de compañeros se acercó al grupo formados por los hombres de mayor edad y comenzaron a sacar de la fila a aquellos que parecían estar más débiles o los que poseían menos fuerza física.

Un total de doce hombres se encontraban colocados uno al lado del otro, el oficial nazi comenzó a pasear a sus espaldas, los observaba con detenimiento, la mayoría de ellos eran ancianos malnutridos por el tiempo que ya habían pasado en los guetos o con algún que otro achaque propio de la edad, el nazi tocó levemente con su dedo índice el hombro de seis de ellos y acto seguido se colocó frente a ellos.

—A aquellos que no he tocado en el hombro pueden volver al grupo y marchar hacia el campo— ordenó con tono enérgico.

Los hombres obedecieron y el nutrido grupo de prisioneros marchó escoltado por los soldados. A Pawel que cargaba a Aaron en sus brazos le era imposible no mirar a su espalda para interesarse por lo que les sucedía a aquellos que se habían quedado atrás, entre la muchedumbre alcanzó a ver como los seis ancianos eran obligados a echarse en el suelo

boca abajo, el oficial nazi se abrió la larga gabardina y desenfundó su arma de la cartuchera, los soldados obligaron al nutrido grupo de presos a acelerar el paso, y mientras avanzaban para encaminarse a la entrada del campo el estruendo de los disparos inundó el aire, los hombres se miraron entre ellos sabedores ya de la suerte que habían corrido sus compañeros.

Pawel abrazó lo más fuerte que pudo al pequeño contra su pecho para tratar de transmitirle seguridad, seguridad que ni el mismo poseía en ese momento.

Y tras recorrer los metros que separaban el tren de la entrada se encontraban ante el cartel que marcaría lo que iba a ser su devenir allí dentro.

“ARBEIT MACHT FREI“ (4)

NOTAS

1. Abrir las puertas
2. ¿Viajas solo?
3. Responde mocosamente
4. El trabajo os hará libres



La huida

OSCAR MORCILLO

La luna dormitaba en cuarto creciente, mientras sus hermanas estrellas permanecían alerta sobre el telón oscuro de la noche de noviembre, un noviembre frío que aquel año había llegado cargado de nieve. A lo lejos se oía el aullido del lobo, capaz de erizar la piel al más audaz de los mortales. El gélido viento del norte soplaba con más fuerza y la noche llegaba a su ecuador. Las pisadas sobre el blanco manto indicaban el camino a seguir y, aunque lo abrupto del terreno hacía complicada la persecución, el grupo avanzaba con relativa facilidad entre los grandes abetos.

La entrecortada respiración y el alto ritmo cardíaco hacían suponer que el esfuerzo era enorme. Su corazón palpitaba con gran energía y bombeaba de forma que podía sentirlo hasta en el último rincón de su cuerpo. No quería dejarse atrapar con facilidad pues estaba dispuesto a vender cara su vida. Se detuvo un momento, levantó la mirada al entreabierto cielo y, corrigiendo la dirección, echó a correr de nuevo. Cien metros más y llegaría al río que, sin duda, sería un gran aliado para ocultar su rastro. De repente, tropezó con una rama, cayó al suelo y todo se volvió más oscuro.

Cuando al cabo del rato despertó, aturcido, no sabía cuanto tiempo había pasado exactamente, así que decidió reanudar la marcha. El golpe había sido fuerte y un hilo de sangre brotaba de la frente resbalando hasta la mejilla. Tomó un poco de nieve y frotó suavemente la herida. Al llegar a la orilla, comprobó que el cauce estaba helado, así que bajó por un pequeño terraplén hasta que sus pies se posaron con cuidado sobre la compacta placa. Comprobó la dureza y espesor del hielo y comenzó a caminar, con cuidado pero apresuradamente, pues no había tiempo que perder. Aunque conservar el equilibrio no era sencillo, al cabo de unos minutos pudo coger un ritmo bastante aceptable y, al poco rato, había avanzado lo suficiente como para poderse permitir un breve descanso y reemprender la huida. Su mente, mientras tanto, viajaba muy lejos de allí, hasta un lugar en el que se sentiría a salvo de cualquier peligro, donde no tendría que esconderse ni huir.

Las huellas se perdían junto a la orilla, así que decidieron dividirse en dos grupos. Se desearon suerte y, apretando con fuerza los rifles, echaron a andar apresurada y torpemente sobre las congeladas aguas. Alumbraban con las lámparas a uno

y otro lado del río para intentar divisar cualquier posible ruta de escape.

—Tenemos que encontrarle cuestas lo que cueste, no importa la ventaja que nos lleve. Por suerte, ésta es una zona deshabitada en muchos kilómetros a la redonda.

—Olvidas al viejo Jack.

—Mmm, es cierto. ¿Crees que nos facilitará el trabajo si se encuentra con él?

—Es una cuestión complicada. Quién sabe cómo reaccionaría. Una persona de sus características es totalmente impredecible en una situación como ésta.

El resto del grupo asintió.

Cinco kilómetros río arriba, el fugitivo seguía su frenética carrera sin mirar atrás, pues el negro cielo, ahora cubierto por nubes, apenas permitía divisar más allá de unos pocos metros. El ulular de un búho se oyó en el cercano bosque. El cauce se bifurcaba en dos direcciones, del norte bajaba el curso del afluente y desde el este provenía su curso natural. Era el momento de tomar otra decisión.

Jack Meadows era conocido en toda la región, pues su historia, aparte de trágica, había dado origen a muchas habladurías y leyendas entre los lugareños. Unos cuarenta años atrás había sido llamado a filas para formar parte del ejército de la Unión en la guerra civil. Fue enviado al frente de St. Dennis, a cientos de kilómetros de su hogar, al mismo corazón del infierno. Casi todos sus compañeros de batallón perecieron en el mismo frente y los que sobrevivieron cayeron en sucesivas campañas. Durante los dos años y medio que estuvo luchando vivió horrores indescriptibles y su corazón se endureció hasta límites insospechados.

Al poco tiempo de incorporarse a filas, dejó de recibir correspondencia de su mujer, con la que había contraído matrimonio pocos meses antes, y de la que esperaba un hijo. Semanas después, le llegaron rumores de que el ejército confederado, precipitando su retirada, había sembrado el terror y la destrucción en su comarca natal. Sus temores se transformaban en pesadillas durante las largas noches, en las que soñaba una y otra vez cómo perdía a su amada a manos de bestias humanas transformadas por la guerra, mientras se despertaba envuelto en sudor. Desgraciadamente, estos presagios se convirtieron en realidad y, cuando la guerra acabó y volvió a casa, tan solo le aguardaban dos frías tumbas con los nombres de su mujer y de su hijo al que nunca conoció. Como consecuencia de tan tristes acontecimientos,



tos, decidió abandonar el pueblo. Durante una larga temporada, se le vio vagar por los cercanos bosques, donde vivía de forma salvaje, cazando y pescando durante el día y resguardándose en cuevas al caer la noche. Con el tiempo, y gracias a que poseía ciertos conocimientos en varios oficios, fue construyendo, con sus propias manos, una cabaña en la parte alta de la montaña del Diablo, llamada así porque se decía que, doscientos años atrás, se reunían en la pequeña meseta situada al pie de la montaña, grupos de hechiceros y brujas y celebraban, a la luz de la luna, sus conjuros y asambleas.

Únicamente bajaba hasta el pueblo una o dos veces al año, sobre todo para vender pieles y así adquirir utensilios que no podía fabricar por sí mismo, como rifles, munición, ollas o cuerdas. Apenas intercambiaba palabras con nadie, únicamente atendía dichos trueques y una vez realizados, volvía a su recóndita cabaña para olvidarse del resto del mundo.

Tras dudar un segundo, resolvió dirigirse afluente arriba en dirección norte, pensando que el duro clima amedrentaría a sus perseguidores, seguramente sin contar con que él mismo no iba demasiado bien pertrechado para resistir más de una jornada en la nieve, y sin alimentos ni medios para hacer un fuego. Tan solo confiaba en el azar y una firme convicción de que al menos una muerte digna sería preferible antes que dejarse atrapar por ellos.

En ese instante, algo pasó por su mente y salió del helado cauce subiendo por la orilla izquierda. Arrancó una pequeña rama y cuidadosamente hizo desaparecer su rastro a medida que caminaba. La



primera luz del sol asomaba por el horizonte y, a lo lejos, le pareció ver sobre un grupo reducido y apartado de abetos, una nube de humo, aunque no estaba seguro si el hambre y el cansancio le estaban jugando una mala pasada. Casi a gatas, recorrió la distancia que le separaba de allí hasta poder asomarse a una loma cercana, desde la cual divisó una cabaña. De su chimenea, surgía una delgada columna negra. Se dejó caer ladera abajo hasta un prado situado en la parte lateral de la cabaña y, casi tambaleándose, empujó suavemente la puerta. Al comprobar que no había nadie en su interior, buscó algo de comer y se echó en una especie de catre desvencijado y maloliente, apoderándose el sueño inmediatamente de él.

—¡Jack, ábranos, somos vecinos de Fareenville!— varios puños aporreaban la puerta. Ésta se abrió y un hombre de aspecto descuidado, con melena gris y larga barba apareció tras ella. Sus manos y su ropa delataban una evidente falta de higiene.

—Sé quiénes sois. Tú eres el hijo de John Spencer. Vosotros sois Al y Peter Williams, del resto me suenan vuestras caras. ¿Pensáis que, porque vivo solo durante tanto tiempo no soy capaz de reconocer a los hijos de los que fueron compañeros míos? No estoy tan loco como dicen, como podéis comprobar. ¿Qué se os ha perdido por aquí? El pueblo queda bastante lejos.

—Estamos persiguiendo a un fugitivo. Su rastro nos ha traído cerca y pensamos que ha podido venir en busca de ayuda.

—No he visto a ningún ser humano desde la úl-



tima vez que bajé a Fareenville. Y sinceramente, tampoco les echo de menos, pues no necesito a nadie para poder sobrevivir. Mi vaca, mis cerdos y mi caballo me proveen de todo aquello que necesito: leche, carne y largos paseos por estas montañas.

—Entonces no le importará que echemos un vistazo al interior de su cabaña.

Meditó un segundo la situación. Ellos eran cinco e iban armados y no parecían dispuestos a desistir.

—Adelante.

Poco después salieron, no sin antes advertirle que si veía a alguien lo llevara preso hasta ellos y que seguirían buscando por la zona, pues el fugado al parecer estaba en búsqueda y captura por varios delitos graves. El viejo los despidió con un portazo.

—Tendremos que seguir buscando: habrá que dividirse en varios grupos y rastrear toda la zona, no puede andar muy lejos.

La silueta de los visitantes se perdía ya a lo lejos, mientras un humeante té hervía al fuego.

—Puedes salir, ya se han marchado.

Del suelo se levantaron dos tablas de madera perfectamente alineadas y la cabeza del fugitivo asomó lentamente.

—Y ahora me vas a contar toda la historia o ya sabes lo que te ocurrirá.

Hablaba lenta pero claramente, Jack pensó que su acento no era de la zona. Le contó que lo único que creía recordar era que vivía no muy lejos de allí, en un condado vecino y que no re-



cordaba ni su nombre ni a su familia, únicamente que, una semana atrás, se despertó con las manos y la boca ensangrentadas en el interior de una celda. Después le llevaron a juicio y acusaron de asesinato: él insistía en que no recordaba absolutamente nada, pero fue condenado a muerte, aunque huyó en un descuido de sus carceleros y había encontrado la cabaña por casualidad, cuando ya estaba completamente agotado.

—Cuando regresé de cazar y te vi, tuve la intención de matarte, pero la curiosidad me venció. Pensé, demonios, qué clase de ladrón entra a robar y se acuesta a dormir, así que te dejé descansar, pero al verlos venir a lo lejos, te desperté y te escondí, resuelto a averiguar qué sucedía. No estoy seguro que seas de fiar, pero tampoco confío mucho en esa chusma pueblerina. Por el momento puedes quedarte unos días hasta que te recuperes, además esa herida en la cabeza no tiene buen aspecto. Después ya decidiremos qué hacemos. Por cierto, ¿dónde estará el perro? Desde que he regresado no lo he visto y ese viejo truhán no se separa de mí ni un momento.

Los días posteriores transcurrieron sin ninguna novedad y sin noticias del grupo de perseguidores. El viejo se dedicaba a sus quehaceres rutinarios, como ordeñar, recoger los huevos o reparar la valla, mientras el extraño forastero descansaba y se recuperaba de tan azarosa huida. Al anochecer del cuarto día, una espesa neblina bajaba desde lo alto de la montaña, ocultando tras su opaco velo todo aquello que tocaba.

—He de encerrar a los animales, pues los lobos

acechan estas últimas noches. Volveré enseguida.

Cuando salió con la lámpara en la mano, tuvo un extraño presentimiento, no sabía por qué, pero tenía la certeza de que algo iba a suceder, así que cogió el rifle que descansaba tras la puerta y se dirigió a la parte de atrás, donde los animales correteaban a sus anchas. Al acercarse a ellos notó que estaban bastante inquietos y, dando gritos, los dirigió hasta el interior del establo, echando el cerrojo. Durante un momento, volvió a pensar en su fiel can, ausente desde días atrás. En aquel instante, un horrible grito salió de la cabaña, un grito sobrehumano, como salido del mismo infierno. Le pareció que en toda su vida había oído nada igual. El viejo volvió hacia la casa con paso firme cuando vio salir algo similar a un animal que se movía apresuradamente hacia él, así que dejó caer la lámpara y sujetó fuertemente con las dos manos el arma apuntando a la criatura. La figura se detuvo a pocos metros de él y, aunque la neblina no le dejaba ver bien, creyó reconocer la figura de un lobo, aunque nunca había visto uno de ese tamaño. El animal se irguió sobre sus patas traseras y emitió un rugido amenazador, al tiempo que se oían golpes en el establo. Avanzó unos pasos hasta acercarse tanto que Jack pudo sentir su fétido aliento en la cara. Le olisqueó durante unos segundos y, a continuación gruñó con una expresión casi humana que hizo helarle la sangre. Bajó sus pezuñas hasta recuperar su postura natural, se dio la vuelta y, tras dar un enorme salto, se dejó engullir por la neblinosa noche.

La bestia había vuelto.



Un mar en soledad

MARÍA ÁNGELA BERNARDO ÁLVAREZ



D Se despertó con la sensación extraña de años atrás. Con la cama revuelta en sábanas y edredones pero solo, en esa maldita soledad que impregna los domingos por la mañana, que dejan de saber a café recién hecho y periódico debajo de la puerta.

Se despertó y deseó no echarla de menos en cada una de las canciones que escuchaba en la radio mientras se duchaba, en cada uno de los rincones que poblaban la ciudad. Aquellos mismos sitios que les habían visto juntos, abrazados, de la mano. Aquellos lugares que se llenaban ahora de fantasmas, de sombras que cortaban por dentro.

Se despertó y buscó su hueco entre las sábanas, su ropa tirada en el suelo, su vaso de

agua en la mesita, su risa en el baño, mientras se maquillaba antes de ir a trabajar. Quiso levantarse y encontrarla en la cocina, preparando tostadas para dos, mirando a través de la terraza su barrio, contemplando el paso de la gente, frenético entre semana, el rápido transitar de los coches, dejando solo un rastro de humo en la atmósfera. Deseó abrazarla de pronto, como había hecho tantas noches, buscando protección entre sus manos, su olor entre su ropa, su espacio en aquel piso de treinta metros cuadrados que le ahogaba, clavándole el esternón por dentro, haciendo que cada una de sus costillas se convirtiera en una trampa, caducando sus sentidos, convirtiéndole en aquel puto autómatas que fue antes de encontrarla, antes de que ella pintara de colores su

mundo, trajera nuevas brisas de aire a cada calle, y le enseñara que la felicidad estaba en los pequeños detalles, en aquellos momentos que ahora añoraba tanto.

Se despertó y como siempre, siguió la misma rutina, memorizada desde que tenía cuatro años. Las zapatillas, la bata, las gafas. Ir al cuarto de baño, quitarse las legañas, bostezar ante el espejo, mirarse y verse un poco más viejo, con más ojeras, con aquella barba de tres días que le devolvía el espectro de un naufrago, buscando con ansia aquella playa entre tantas olas que le agitaban por dentro.

Abrió la ventana de su habitación y dejó que el cuarto se ventilara. Se sentó sobre la cama deshecha, y tomó la guitarra, como solía hacer meses atrás, buscando en algún acorde el principio de una canción que nunca empezaría. Tiró la guitarra, maldiciendo por lo bajo el instante en que cambió todo, a orillas de aquel mar que odiaría tanto, con la calma suficiente del que pierde por rutina, cansado de esperar que su suerte cambie y tachando los días en el calendario.

Aun recordaba aquella tarde en la que llamaron a la puerta. No debían de ser más de

las siete de la tarde. Ella pintaba en el salón, dibujando algún panfleto que luego llevaría escondido bajo la chamarra a la imprenta, y que recogería puntual dos días después, esperando a colarlo entre los tubos de escape de los coches, que echarían dióxido de carbono y celulosa revolucionaria. Cada día llevaba a la imprenta cosas distintas a horarios diferentes, pendiente de que no la siguiera ningún policía de esos que, vestidos de paisano, anotaban en minúsculas cuartillas de papel los movimientos sospechosos de los que tenían tachados en el cuartel con un punto rojo. Ella era una de esas personas marcadas con una cruz en aquel Buenos Aires inhóspito, muy lejano de tiempos mejores, de risas y cantos, de poemas y tango en los bares, de cervezas hasta las tantas de la madrugada. Pero llamaron a la puerta. Y esta vez él no estaba, como siempre estuvo, pendiente, atento. Se maldijo cada minuto después por haber bajado a la compra aquella hora, aquella maldita hora de las siete de la tarde. Si hubiera estado. ¡Qué hubiera pasado si hubiera estado! Sí, claro que lo sabía. Hubiera abierto, como siempre, con su aspecto impoluto, con su afeitado diario, con sus ojos



claros y su sonrisa franca. Hubiera abierto y se hubiera encontrado a dos policías, preguntando, como siempre. Como cada tarde cada dos semanas, preguntando por ella, avisándole de que peligrosos subversivos se escondían en casas ajenas. Él lo negaba todo. Todo, todo, todo. Todo lo que había cambiado por ella, sus ideas, su forma de pensar, su todo. Porque eso era ella, su todo. Pero esa tarde no estaba para confirmar su afiliación al régimen, su pertenencia al Partido, sus buenas costumbres, su rutina sin altercados, su vida diaria. Él no estaba, pero ella sí. Dibujando, podía imaginarla, dibujando de cuclillas, apoyada sobre el respaldo de aquel sillón desvencijado, regalo de su abuela cuando se marchó al pueblo, huyendo de aquel Buenos Aires que se había vuelto maldito.

Él no estaba y no pudo contestar a los gritos y aporreos de la puerta. No pudo abrir como siempre, no pudo contestar como siempre. Y

los guardias se impacientaron de quemar el timbre, de insistir en aquella puerta de madera con la cerradura casi oxidada, que abría tan mal en verano. Y ella, sin embargo, autista de aquellos ruidos endemoniados, dejó las pinturas en el suelo y tomó las cuartillas tranquila. Como si hubiera supuesto ese momento desde hacía mucho tiempo, fue al baño y arrojó las cuartillas por el retrete, dejando que el agua inundara el carboncillo, los trazos grises, las palabras que llamaban a la revolución, a la manifestación, al ser contra el callar. Se miró en el espejo y se vio mucho más cansada, con muchas más ojeras, pero con la misma sonrisa en los labios, con la mirada henchida de aquella esperanza que transmitía en los Comités ilegales que celebraban cada viernes en un rincón de aquel bar cerca del centro de la ciudad.

Pero él no estaba. Y ellos abrieron, llevando la furia y la mala sangre a aquel piso envuelto en llamas, albergue del amor y de la vida,



donde tantas veces habían reído juntos, donde tantas veces se habían desnudado despacio, como aquella primera noche en que se conocieron. Y entraron, como perros con rabia, encañonando sus fusiles, mirando a través de sus mirillas y no de sus ojos, para no ver a aquella chica linda, que le decía él, y ver a una rebelde, a un elemento considerado como peligroso por los del Régimen. Y se la llevaron, después de encañonarla, de sacarle su nombre a base de patadas, obligándola a no dejarse llevar por el llanto, obligándola a mantener el recuerdo de él con fuerza, como un clavo ardiendo al que te aferras cuando ya no te queda nada. Se llevaron su risa, su alegría, sus dibujos, se llevaron sus ojos verdes, su esperanza. Y no quedó nada.

Nada, nada, nada. En eso quedó aquel piso cuando él volvió. Cuando regresó y tuvo aquel presentimiento subiendo las escaleras. Cuando ella no respondió a sus llaves en la puerta. Cuando la buscó en el salón, en el cuarto, en la cocina, en la terraza, en el baño. Cuando la encontró en los miles de panfletos que flotaban sobre el agua del váter, manchada de carboncillo y pintura. Y le dolieron todos los cañonazos que le dieron a ella en el estómago, le rompieron cada uno de sus esquemas, de sus días, de su calendario. Le dolieron cada uno de los golpes, cada uno de los insultos, cada uno de los escupitajos. Pero lo que más le dolió fue encontrarla como un fantasma transitando en

aquella casa, buscándole, llamándole a gritos. Y lloró, tirado en aquel suelo frío de baldosas, intentando ahogar su recuerdo en llanto, intentando que su recuerdo dejara de envenenarle por dentro.

Caminó mucho aquellos días, medio moribundo, por Buenos Aires. Su ciudad, sus calles, su aire, se impregnaban de la esencia de días mejores. No volvería jamás a aquel bar, no se reencontraría de nuevo con ningún compañero, con ningún camarada. Trataba de alejarse de aquellos sitios que les habían visto juntos. Para no encontrarla, para no buscarla. Para no verla. Y sin embargo, en aquella playa donde habían ido en verano unos días, donde la arena se había cubierto de recuerdos no vividos, había enterrado los dibujos escondidos, los panfletos, las fotos. Para que el mar impregnara por siempre sus recuerdos, su vida. Para que ese mar, que ahora acogía a los miles de ángeles caídos desde el cielo, lanzados desde aviones, reclamara justicia entre esa brisa de aire y sabor a sal. Para que ese ángel, su ángel de ojos verdes, descansara en paz, con el rumor de las olas envolviendo su cuerpo y su esperanza.



De arena y agua

JAVIER ALONSO.

CONCURSO DE CUENTACUENTOS “LA CIUDAD DE LAS MIL CULTURAS” SOS RACISMO.

EL PREMIO DEL JURADO 2011

A poyada en la barandilla veo discurrir las aguas grises de este río encajonado entre bloques de cemento. Hay algunos árboles pequeños y bancos muy nuevos. Me asomo a ver este río porque a veces pienso que al mirar su corriente estoy más cerca de mi tierra. Es como cuando miras un fuego. El fuego es igual en todas partes y allí donde está, por un momento, puedes considerarte como en casa. Sólo que en esta ciudad es imposible hacer una fogata, reunirse en torno a ella y dejar tu mente mecerse entre el movimiento de las llamas. Entonces, sólo me queda la corriente de este río.

Pueden creer que mi país está lejos, pero no, tan sólo unas pocas horas de vuelo bastan. Uno puede hojear una revista, leer un libro, dormir un breve sueño y sin darse cuenta ya está allí. Sin embargo mi camino desde allí fue mucho más largo y en él perdí casi todo. Pero a pesar de penurias, amenazas y humillaciones, mantuve en mi corazón como en un cofre hermético la mejor herencia de mis mayores: la dignidad.

Me recuerdo a mí misma mirando otro río mucho más ancho, de un caudal enorme. Un río que atraviesa selvas, que recoge el agua de lluvias torrenciales y riega países enteros. Es el río Senegal y en su desembocadura se forma una lengua de tierra de varios kilómetros. La arena que la forma es finísima y forma una barrera que separa la corriente del agua dulce del batir de las olas del atlántico. Y se estrecha hasta llegar a unos pocos metros y al final con sólo unos pasos puedes pasar de bañarte en el agua del río a adentrarte en el mar. Unos cangrejos tan grandes como puños recorren la arena y avanzan a tu paso sin perderte ojo. Entre los cañizales viven muchísimos pájaros Y los pelicanos y cormoranes menudean en la orilla a la búsqueda de algún alimento arrojado por las olas. Allí, en una pequeña aldea de adobe nació yo, entre otras seis hermanas. Un universo femenino en que mi padre habitaba con orgullo, cariño y humor.

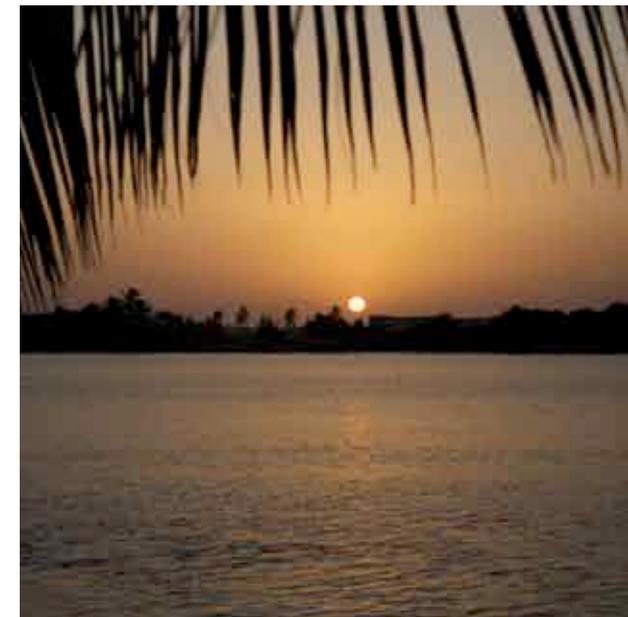
Me gustaba, de niña, sentarme en el extremo de aquella lengua, de aquella barrera de tierra y ver confluír la corriente poderosa del

río con el agua del mar. Allí, en algún punto, el agua no era ni río, ni océano. Me gustaba pensar en ese confluír de las aguas, en esa unión. Porque las aguas no luchaban sino que se mezclaban mansamente. Y si veía en aquel punto, el saltar en el aire de un pez plateado, me preguntaba qué sentiría, si sabría, antes de caer, cual era ya su casa, su agua, su mundo.

Un día lejano, mientras mi hermana mayor me trenzaba el pelo en un complicado arreglo, descubrió en mi brazo derecho tres pequeños lunares blancos y me dijo riendo: “mira, hay en ti un poquito de blanca”. Eran muy chicos y a nadie llamaban la atención y terminé por olvidarlos como se olvida una cicatriz o una pequeña huella en la piel.

Miro el río gris sentada en un banco recién instalado y en sus aguas no veo saltar peces que duden de cuál es su agua, sólo un agua mansa que se arrastra sin rebeldía. Y recuerdo mis primeros días aquí y el frío, no tanto en el aire como en la mirada de la gente, en su prisa e indiferencia. Y mi aldea, diminuta, mi casa de adobe, dónde tendíamos nuestras esterillas en la noche, dónde reíamos, nos contábamos historias, o cantábamos, junto a mi madre, viejas canciones, me parecía un paraíso muy lejano.

Y encontré mucha gente que no parecía te-



ner un corazón en el pecho, que hablaban un idioma como de metal, que miraban pero sin ver, que nunca reían de verdad. Y fue ése un tiempo tan duro que sólo la dignidad, que como en un cofre hermético guardaba, me sostuvo en pie y me hizo seguir día a día.

Pero al cabo de un tiempo en que me pareció que la vida tenía sólo el color gris de este mismo río que ahora miro, encontré también gentes con un alma distinta, soleada y con la mano abierta. No, no fue enseguida. Fue sólo muy poco a poco. Un día alguien que sonreía, o un niño que me observaba, o una mujer que no me miraba como si fuera transparente, y de repente, unos oídos que parecían escucharme y unas palabras que no eran ya de duro metal, sino como de arena y agua y que en lugar de separar, unían.

Así, hasta que un día, vi, por azar, en el brazo derecho de una persona amiga, tres lunares oscuros y recordé los míos, casi olvidados, y le dije, con palabras que quizás no comprendió, “mira, hay en ti también un poquito de negro”.

Y pienso ahora en el pez plateado que allá, en la desembocadura del río Senegal, donde confluyen la corriente dulce y el océano, salta en el aire y siente que en el agua en que caiga podrá encontrar siempre su casa, su mundo.

